El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9105

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres. Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de Anís.»

MARCA FARELL

LOS MAS SUPERIORES ANISADOS CONOCIDOS HASTA EL DIA Y LOS QUE POR SUS VIRTUDES TÓNICO-DIGESTIVAS, FUERON PREMIADOS CON MEDALLA DE BRONCE EN LA EXPOSICIÓN DE BURDEOS EN 1882 Y CON LA DE ORO EN LA UNIVERSAL DE BARCELONA DE 1888.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, DON FERNANDO GIMÉNEZ DE BERENGUER, calle de Martín Delgado, núm. 9, principal. Cartagena.

SABADO 5 DE MARZO DE 1892

ECOS DE MADRID

3 de Marzo de 1892.

Como las personas mayores son las que llevan la voz cantante, todos los años obedeciendo al estado de su ánimo, echan á volar el rumor de que el carnaval es una antigualla, de que agoniza por momentos y de que llegará pronto el tiempo en que desaparezca de las costumbres.

Y sin embargo, los jóvenes ven las cosas de distinta manera, gracias á lo cual el disfraz y la careta viven y vivirán con mejor ó peor vida hasta la consumación de los siglos.

Yo que empiezo á ser viejo me diferencio de mis compañeros de promoción en la manera de apreciar el presente y el pasado; y hasta me parece que encuentro una agradable satisfacción aureando la frialdad de los desengaños y las tristezas al calor de las ilusiones y las alegrías.

La juventud ha sido, es y será siempre la misma. Que en la actualidad es más corto este hermoso período de la vida? Tanto peor para los que viajan en gran velocidad. Los de mi época optábamos por la galera acelerada ó la diligencia y en medio de las incomodidades del viaje, lo cierto es que nos divertíamos.

Este año como los anteriores y como los que vendrán, han soñado las niñas bonitas y hasta las menos agraciadas con los bailes de máscaras; las que han tenido en la reserva sentimientos, han visto llegar con júbilo el reinado de la careta como un necesario desahogo á su espíritu atormentado, y los jóvenes han experimentado las emociones que despiertan las risueñas esperanzas que esmaltan la primavera de la vida.

El baile del Círculo de Bellas Artes ofreció ese animado cuadro que se renueva todos los años cómo las flores en el campo y las verdes hojas en los árboles. Los que aseguran que el carnaval no es ni su sombra, habrán podido convencerse de su error. La humanidad sufre el imperio de la moda cambiando continuamente de forma, pero en el fondo es siempre la misma.

Durante la semana anterior al carnaval y en los cuatro días en que se le permite aparecer en calles y paseos, la animación ha sido sobre poco más ó menos como todos los años. Los bailes en los salones aristocráticos, los bailes públicos y sobre todo los bailes infantiles no han presentado las alegrías y las felicidades íntimas que componían las tristezas y las desdichas que suelen ser el pan nuestro de cada día

El domingo se aguó la fiesta y no hubo más que una máscara, el Manzanares que se disfrazó de río caudaloso. Pero el lunes, el martes y el miércoles brilló el sol y llenaron calles y plazas las estudiantinas; el paseo ofreció el espectáculo de una inmensa muchedumbre contenta, satisfecha, feliz. Muchas máscaras, muchas bromas, mucha algazara, mucha animación!

Un gato travieso ó ingenioso que subía á los coches y daba bromas llamaba la atención y despertaba viva curiosidad. No han aparecido este año disfraces que revelen gran ingenio, pero dentro de lo corriente, de lo vulgar no ha faltado el regocijo necesario para desarrugar el entrecejo y echar canas al aire, que es en último término á lo que aspira el carnaval.

Varios jóvenes de distinguidas familias han realizado una obra de caridad. Vestidos de barrenderos pero con gran pulcritud y limpieza recorrían las calles reuniendo fondos para el sostenimiento de una escuela que han organizado, destinada á moralizar é instruir á los barrenderos de verdad.

Como todos los años han salido cuadrillas de pordioseros más ó menos artificiosamente lisiados á implorar la caridad.

Este detalle es el más repugnante de la fiesta y no sé hasta que punto los derechos individuales pueden servir de escusa á esta exhibición tan triste como asquerosa. Cojos, mancos, ciegos no todos auténticos, todas las miserias de la corte de los Milagros han recorrido las calles adornando estos desperfectos con blancas enaguas á guisa de tonelates, con averiadas chambras engalanadas con deterioradas cintas.

Una máscara que dice al que pasa á su lado:

—Una limosna caballero por el amor de Dios. Siquiera un *centimito* para ayuda de un panecillo! es y será un espectáculo grotesco, irrisorio y deplorable.

Una de estas comparsas, después de una reyerta por cuestión del reparto de los fondos recaudados, se disolvió á palos. La autoridad que se apoderó de los combatientes tuve ocasión de ver que excitados por el ardor bélico, los cojos corrían, los mancos manejaban con soltura el garrote y los ciegos se perdían de vista.

Pero en fin, ya todo esto ha pasado; al bullicio sucede el silencio, á la agitación la calma y ahora lo que verdaderamente preocupa á todo el mundo es el castigo que se ha impuesto al pobre cadete de Toledo. ¡Piedad! ¡Perdón! dicen todos los corazones, y aun podemos disfrutar en plena cuaresma una gran alegría si como es de esperar la regia prerrogativa oye las súplicas de todas las nobles almas.

COLABORACION INÉDITA.

CHANELE.

Apenas habrían transcurrido quince minutos desde mi llegada; estaba cansado, muy cansado; había tenido que recorrer un largo trayecto á caballo, atravesando caminos escabrosos, sendas difíciles y expuestas á cuyos lados se veían con harta frecuencia profundos barrancos. Esperaba encontrar al fin de mi jornada un caserío como me habían anunciado y mi desencanto fue enorme cuando llegué y pude observar que el caserío lo componía un caserón enorme, vetusto edificio que amenazaba ruina y varias casitas muy modestas donde habitaban mis subordinados, que en aquel punto eran nueve y con mi asistente diez.

Cuando eché pie á tierra, me trageron, no sé de donde, una rústica silla, me senté y mirando sin ver, me puse á hacer reflexiones á cual más tristes, sobre el porvenir que allí me esperaba, solo, sin una persona á mi lado que me atendiese solícita y sin otra sociedad que la de mi asistente.

Recatándose tras de las paredes de la casa, las mujeres, rodeadas de sus chicuelos, me observaban y cuchicheaban en voz baja; sus murmullos llegaban hasta mi oido, que solo percibía el rumor de sus palabras.

Detrás de ellas, formando grupo delante de las casitas modestas y alineadas en correcta formación, los veteranos soldados; aquellos hablaban también, preocupándose por saber como me comportaría con ellos, si sería regañon ó no, si les exigiría mucho ó poco; esas preocupaciones en fin de aquel que no tiene otro remedio que cumplir lo que se le ordena por sus superiores y está persuadido de que éstos olvidando ciertos principios á veces, y otras muchas, por desgracia, ignorando el verdadero tacto de mando, les hace víctimas de tan lamentables olvidos y siempre de sus defectos.

Mirando á todas partes, estudiando el vastísimo panorama que ante mis ojos se extendía, permanecí un rato, poco tiempo, hasta que fuí interrumpido de mi observación, por el suavísimo contacto de una mano que se apoyó en la mía.

Ya sé lo que estais pensando, pero no, estais equivocados; en mi cuento no hay fantásticos ensueños; no fue una mujer, como creeis quien me sacó de mi abstracción.

Fue un chiquitin que tendría poco más de dos años y que al ver que volvía la cabeza para mirarle, con su charla estropajosa me dijo sonriendo:

—Tu no es mi papá.

—No pequeño, le contesté ¿cómo te llamas?

—¿Chanele?

Chanele; su nombre era Juan y por esas conformaciones particulares que se dan casi siempre en el campo á los apelativos, había ido degenerando el nombre propio hasta quedar convertido en aquel apodo.

No era Chanele bonito ni mucho menos; era graciosillo, pero su viveza, su disposición y su charla original sembrada de una fraseología particular que usaba para hacerse entender, hacían de él una criatura tan simpática, que era un gusto....

Para mí tuvo particular atractivo; yo tenía también un Juanillo como él; no era un hijo, sino una criatura que saqué de pila; á la que á falta de hijos profesaba gran cariño y que hacía las delicias de mi vida, siendo muchas veces objeto de mis preocupaciones.

Había tenido que dejarlo allá en el país al lado de su madrina; una porción de desventuras me habían separado de los dos, de la mujer y del niño; continuamente ocupaban mi imaginación y podeis creerlo, cuando miré al pequeño, faltó poco para que se me saltaran las lágrimas.

—Mira niño, yo también tengo un Chanele, le dije.

—¿Mu gande, como yo? preguntó.

—Sí, como tú, así de grande—contesté y el chiquillo echó á correr batiendo palmas alegremente para contar á su madre lo que yo le había dicho.

No pasaron muchos días, sin que tuviera convenientemente arregladas mis habitaciones, constituyendo uno de mis quehaceres predilectos el arreglo de mis papeles y mis libros, esos buenos amigos que me acompañan á todas partes.

Pero ya no estaba tan solo, Chanele me acompañaba y yo disfrutaba observando al pequeñuelo haciendo diabluras, encaramándose en las sillas ó tirando del rabo á un perrazo enorme que nunca le abandonaba.

Formábamos una pacífica sociedad, Chanele su perro y yo; el chiquillo apenas se levantaba, escapado se venía á mi casa acompañado de su inseparable «Lobo» y juntos hacíamos nuestras escursiones y paseos. Era una intimidad profunda la nuestra y una inteligencia la de Chanele que cada día hacía le quisiese con más cariño.

Había hecho que le trajesen del pueblo una escopeta y con caña le había formado una espada; constituían su gloria las dos formidables armas y su afición más enérgica era la de escribir; hubiera sido un gran pendolista; el pícaro cuando me cojía las vueltas se encaramaba en el sillón que había ante mi mesa y valiéndose de sus dedos á falta de plumas, emborronaba las cuartillas que tenía preparadas para mis trabajos, cuando no me embadurnaba las paredes y él salía hecho una desgracia con todo el traje y la cara llenos de tinta.

Entonces eran sus apuros, temeroso de la azotáina que le esperaba.

—Oye tú, que era como á mí se dirijía, yo he esquivido.

—¡Dios qué manos y qué cara te has puesto chavalillo! ¡Pero tú eres el diablo!

—Yo he esquivido, respondía el diablillo, á quien tenía que cojer por mi cuenta y llevarlo á su casa para librarlo del furor materno.

¡Pobre Chanele! Me parece que lo estoy viendo, con aquella cara graciosilla y sus piernecitas torcidas correr tras del rebaño, con su risa encantadora.

¡Cuántas veces su presencia, disipó mis tristezas! Yo tenía mi Chanele y con su constante compañía compensaba el pesar de la ausencia.

Dios no ha querido que durase mucho tiempo este medio que me obligaba á la resignación.

Ayer tarde Chanele jugaba en mi despacho retozando con su perrazo que no se separaba de él; rodaban los dos por la estera confundidos; el chiquillo riendo con franca risa, el perro gruñendo para hacerle dúo.

Dijo de pronto que le dolía la garganta, toqué su frente y estaba calenturienta; lo llevé á su casa y lo acostaron: esta mañana estaba peor; tenía en su gargantita dos chapas amarillentas y obscuras á la vez, que han ido creciendo y poniéndose negras; conforme ha entrado el día, la enfermedad ha avanzado, haciendo terribles progresos, la última vez que le ví, se ahogaba; no quise presenciar la crisis horrible y amenazadora.... y no le he vuelto á ver.

Hace un rato que cruzé por delante de su casa, con rápido paso para no ver ni aun la fachada de aquella donde aun está el cuerpo de la criatura querida. No pude impedir al pasar, dejar de advertir el resplandor que sale por la entreabierta ventana y que lanzan dos velas que le alumbran.

Cerré los ojos para no ver, y en mi terrible exaltación nerviosa creí escuchar una frase escapada de sus labios; al llegar á mi casa pensando en la realidad que me obliga á llorar la muerte de Chanelillo como una propia desgracia y á veces recordando sus diabluras aumèntase mi pena pareciéndome sentirle aun diciendo entre afligido y satisfecho enseñándome las manitas llenas de tinta, como cuerpo de su delito:

—*Yo he esquivido.*

DIONISIO MORQUECHO

Marzo 1.° 92.

VARIEDADES

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

5 DE MARZO DE 1820.

La ciudad de Zaragoza proclama la Constitución del año 1812.

Siguiendo Zaragoza el alzamiento de las provincias contrarias al régimen absoluto, que de nuevo implantó Fernando VII al ocupar el trono por segunda vez, proclamó en su plaza principal la Constitución que las Cortes Constituyentes de Cádiz habían promulgado en 1812. Al acto concurrieron no tan solo la mayoría de los habitantes, si que también el Ayuntamiento, las autoridades y hasta las fuerzas de la guarnición.

Hora era, en verdad, de que desapareciera el poder autonómico del trono, de que el pueblo llegara al disfrute de los derechos civiles y de que los suplicios inquisitoriales no sirvieran de obstáculo á la trasmisión de cultas y beneficiosas ideas.

Pero Fernando VII no lo entendió así ó no le convino admitirlo, y si bien la fuerza de las circunstancias le obligaron por entonces á reconocer la Constitución gaditana, posteriormente, en 1823, volvían nuestros compatricios á sostener otra lucha con el ejército francés que enviara Luis XVIII para ayudar al poder real á recobrar sus prerrogativas, quedando por tanto reducido el alzamiento liberal de Zaragoza y de otras ciudades á un chispazo, cuyo fuego no brilló hasta el siguiente reinado.

* * *

6 DE MARZO DE 1405.

Nace en la villa de Toro (Zamora) D. Juan II de Castilla.

A los 17 años de verificar Enrique III de Castilla su enlace matrimonial con doña Catalina de Lancaster nació el príncipe D. Juan II, llamado á disfrutar de la sucesión del trono por ser único varón de los tres descendientes que obtuvieron los citados monarcas.

Bajo la regencia y tutoría de su madre y de su tio D. Fernando subió al trono á los 23 meses, por haber fallecido D. Enrique, y sugeto al gobierno de estos y más tarde de otros regentes permaneció así hasta cumplir los 14 años de edad, la necesaria, con arreglo á las leyes, para hacerse cargo de los asuntos del reino. De intento omitimos la relación de sus hechos como monarca, puesto que habremos de hacerlo en el día de mañana, y solo damos á conocer los que directamente se relacionan con él.

En 1418 casó con su prima D.ª María, hija del citado D. Fernando, la que en 1425 dió á luz al sucesor de la corona don Enrique IV.

Habiendo fallecido la misma en 1445, el astuto D. Alvaro de Luna negoció oficiosamente el segundo enlace de su dueño